

El temor es algo que todos experimentamos. En este libro, Karla de Fernández nos muestra de dónde viene, cómo se manifiesta en nuestras interacciones con los demás y dónde podemos encontrar la libertad. Estoy seguro de que, entre sus páginas, encontrarán ideas útiles y alentadoras para enfrentar el temor.

Atanasio Segovia, director de Familia Soma

Desde que Adán y Eva fueron arrojados del jardín de Edén, todos los seres humanos sentimos temor, porque es la realidad de nuestra naturaleza caída. Karla nos enseña en este libro que, al alejarnos de Dios, quien es nuestra seguridad y protección, el temor nos esclaviza, y para la eliminación de estos temores, es necesaria una cercanía con Jesucristo, porque «el perfecto amor echa fuera el temor» (1 Juan 4:18).

Karla nos dice que, al buscar la aprobación del hombre, nos alejamos aún más de Dios y, como resultado, aumentan nuestros temores. En su libro, Karla nos demuestra magistralmente el origen, los síntomas y la cura para nuestro pecado y temor: una relación con nuestro Salvador Jesucristo. La buena noticia que ella revela es que, al encontrar nuestra identidad en Cristo y en lo que Él ha hecho por nosotras, ¡quedamos libres y no necesitamos buscar la aprobación de otros! Por eso, Jesús nos dijo en Juan 8:36: «si el Hijo los hace libres, ustedes serán realmente libres». Si quieres entender cómo vivir una vida libre del temor de perder la aprobación de otros, este es tu libro.

Catherine Scheraldi de Núñez, encargada del ministerio de mujeres «Ezer» de la Iglesia Bautista Internacional en Santo Domingo, directora del programa radial *Mujer para la gloria de Dios*

En este libro, Karla diagnostica la condición de toda persona, incluidos los cristianos: todos tememos. Pero ella no deja al lector sin la esperanza de una cura para su condición: el temor de Dios. Este libro es para quien quiere escapar del “lazo” del temor al hombre (Proverbios 29:25). ¿Quién no desea ser libre de esa trampa? ¡Recomiendo *El temor y nuestra sed de aprobación* con entusiasmo!

Daniel Puerto, coordinador editorial en Poiema
Publicaciones y director de Soldados de Jesucristo

La sed de aprobación del hombre es un tema que a todo ser humano le visita en determinados momentos, ya que el pecado mora en nosotros. Mi querida amiga Karla hace una descripción sencilla, pero bíblica, de la sed de aprobación y nos da una descripción hermosa de la esperanza que encontramos en Cristo. Este libro te ayudará a entender aquellos temores que puedes estar experimentando si estás buscando la aprobación de otros. Sin importar las circunstancias que te han llevado ahí, te brinda la esperanza de la hermosa providencia de Dios para tu vida por medio de su Hijo Jesucristo. Te lo recomiendo de todo corazón.

Liliana Llambés, misionera de la International Mission Board, conferencista, escritora y autora de *7 disciplinas espirituales para la mujer*, blog: liliana.llambes.org

Al leer estas páginas, las palabras de Karla agitaron mi corazón con la verdad de que disfrutamos de un Dios que nos ama. Este libro me ha animado a buscar más en las Escrituras y en mi corazón, con la convicción de que somos aceptadas en el Amado.

Nedelka Medina, esposa, madre, traductora y coordinadora editorial de Tim Challies en español

Leer las palabras de Karla, plasmadas en estas páginas, me hizo recordar la gran verdad del temor que suelo tener al hombre. Del mismo modo, su honestidad personal y las historias de otras personas me llevaron a pensar en la realidad de mi corazón. Fue muy reconfortante recordar mi esperanza en Cristo. Sin duda, después de leer sus líneas magistralmente escritas, solo puedo decir: «¡Gracias!».

Con su envolvente estilo para escribir, Karla nos muestra la realidad de nuestro temor, su origen y el remedio: nuestra identidad en Cristo. Nos recuerda que «nuestra identidad está ligada a lo que amamos con todo nuestro ser, lo que nos ofrece esperanza, lo que nos da plenitud; es decir, encontramos nuestra identidad en el objeto de nuestra adoración». Desde allí nos lleva a través del evangelio para recordarnos que es al Dios Trino a quien debemos alzar nuestra mirada, entregar nuestro corazón, y en quien debemos poner nuestra esperanza.

Rudy Ordoñez, pastor de la Iglesia Presbiteriana
Gracia Soberana en Tegucigalpa, Honduras, y
director editorial de Soldados de Jesucristo

El temor y nuestra sed de aprobación

El temor
y nuestra
sed de aprobación

KARLA DE
FERNÁNDEZ



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

El temor y nuestra sed de aprobación, © 2023 por Karla de Fernández y publicado por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la Nueva Biblia de las Américas, © 2005 por The Lockman Foundation. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con «RVR1960» ha sido tomado de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con «NVI» ha sido tomado de la Santa Biblia, NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL®, copyright © 1999, 2015 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con «NTV» ha sido tomado de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5022-8 (rústica)

ISBN 978-0-8254-6985-5 (Kindle)

ISBN 978-0-8254-7065-3 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 32 31 30 29 28 27 26 25 24 23

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

Maries, Were y Alejana Queo:

*La vida de cada una de ustedes en estos últimos años
me ha enseñado mucho acerca de la importancia
de no temer a las circunstancias, a las personas,
ni al futuro; sino confiar y esperar en Dios.
Las amo más de lo que puedo expresar en palabras.*

Contenido

Prólogo por Justin Burkholder.....	13
Introducción: El temor a las personas y la sed de aprobación.....	17
1. Todas tememos.....	21
2. ¿Por qué tememos a las personas?.....	45
3. El temor en la mujer.....	67
4. Los hombres también temen.....	89
5. La identidad que vence el temor.....	111
6. Vence el temor un día a la vez.....	137
Epílogo: Creciendo en el temor que sacia nuestra sed.....	161
Agradecimientos.....	171
Acerca de la autora.....	175

Prólogo

CRECÍ EN UN contexto religioso donde era de mucha importancia mantener a todos convencidos de que éramos niños bien portados. Mi papá es pastor, y de niño llegué a creer que mi conducta reflejaba sobre su ministerio. Si me portaba mal, la gente pensaría que él era un mal pastor. Si me portaba bien, entonces todos lo respetarían.

Por años no me percaté de cuánta energía dedicaba a complacer a las personas a mi alrededor. Estaba abrumado con el temor a las personas. Su juicio sobre mi conducta me hacía sentir rechazado. Su afirmación de mi conducta era mi salvador. En pocas palabras, lo que gobernaba mi conducta era el temor al hombre... y hasta el día de hoy sigue siendo una gran lucha.

El temor es una emoción tremendamente compleja. Dios nos ha dado la capacidad de tener ciertas reacciones químicas que nos alertan de peligro, nos ayudan a no repetir situaciones dañinas y nos dan la energía necesaria para reaccionar con rapidez. Al mismo tiempo, por los efectos corrosivos del pecado, todo nuestro cuerpo, nuestra alma y nuestra mente no funcionan como Dios diseñó que funcionaran.

Ahora tememos cosas que no merecen nuestra atención. Exaltamos las opiniones de otros, el respeto y la afirmación de personas importantes. Ocultamos nuestras debilidades y fallos por temor a lo que dirán otros o para evitar el dolor de la vergüenza. Hacemos ejercicio más de la cuenta y practicamos cada dieta que está de moda por temor al deterioro de nuestro cuerpo. Nos

afanamos por nuestra situación financiera por temor a quedarnos sin recursos.

En otros casos, hemos sido criados por personas temerosas que buscaban controlar cada aspecto de nuestra conducta. O peor, personas que se aprovecharon de nosotros, abusaron, nos ignoraron y nos dejaron llenos de heridas. Estas experiencias alteran nuestro sistema nervioso y afectan las formas y las cosas que tememos.

El listado pudiera ser mucho más largo, y no todos esos temores son iguales. Algunos de esos temores abren la puerta para crecer en sabiduría, pero otros nos debilitan e impiden pensar con claridad. Algunos nos protegen de imprudencia, mientras que otros facilitan nuestra insensatez. El temor es una emoción tremendamente compleja.

Desde que, en lo personal, empecé a meditar más en el temor, he buscado diferentes pasajes que hablan del tema. Obviamente, hay muchos que tratan de la importancia de temer a Dios. El punto no es tenerle miedo, sino honrar su opinión y voluntad sobre todo lo demás. Puesto de otra forma, el temor de Dios busca complacer a Dios en todo lo que pensamos y hacemos.

Entre todos los pasajes, hay dos a los cuales he regresado vez tras vez, y se han vuelto para mí un consuelo tremendo.

Busqué al SEÑOR, y Él me respondió, y me libró de todos mis temores. *Los que* a Él miraron, fueron iluminados; sus rostros jamás serán avergonzados. Este pobre clamó, y el SEÑOR le oyó, y lo salvó de todas sus angustias. El ángel del SEÑOR acampa alrededor de los que le temen, y los rescata. Prueben y vean que el SEÑOR es bueno. ¡Cuán bienaventurado es el hombre que en Él se refugia! Teman al SEÑOR, ustedes Sus santos, pues nada les falta a aquellos que le temen (Salmos 34:4-9).

En este pasaje vemos una invitación a que busquemos al Señor, ya que, al refugiarnos en Él, Él nos podrá librar de nuestros temores.

En ningún momento nos da a entender el autor que esto será algo fácil, pero sí que será posible. No tenemos que vivir como esclavos a nuestros temores, sino que aquel quien es superior a nuestros temores y también a lo que tememos, es capaz y poderoso para librarnos.

No solo eso, el salmista nos afirma y promete que sí deberíamos probar y ver que Dios es bueno. O sea que el temor de Dios al que nos invita el salmista no es miedo a un ser malvado, sino que, más bien, es honor a un Padre bueno.

El otro pasaje que siempre me es de enorme consuelo es Salmos 103:13-14:

Como un padre se compadece de *sus* hijos, así se compadece el SEÑOR de los que le temen. Porque Él sabe de qué estamos hechos, se acuerda de que solo somos polvo.

De la manera tierna y gentil que un buen padre cuida de sus hijos, así cuida Dios a los que lo priorizan a Él sobre todas las cosas. Obviamente, eso es de gran consuelo en medio de nuestros temores. Como un niño atemorizado por algo que escuchó en la casa a media noche, podemos acercarnos a Dios y Él nos recibirá con compasión.

Pero lo que más me anima de este pasaje es que David afirma que Dios conoce de qué estamos hechos. Puesto de otra manera: Dios sabe que somos débiles, ansiosos, preocupados, en pocas palabras, temerosos. Él se acuerda de eso y responde en compasión y amor a aquellos que se refugian en Él.

El temor es una emoción tremendamente compleja. Con el acompañamiento de Karla en este libro, el Espíritu Santo nos puede ayudar a desenredar esa complejidad para, a final de cuentas, encontrar nuestra seguridad y nuestro refugio en el Único que es digno de nuestro temor.

JUSTIN BURKHOLDER

Pastor de la Iglesia Reforma y director de TEAM
(The Evangelical Alliance Mission) para México y Centroamérica

Introducción

El temor a las personas y la sed de aprobación

¿HAS SENTIDO CÓMO se seca tu boca cuando alguien te hace una pregunta en público? ¿Has notado cómo tus piernas tiemblan cuando debes dar tu opinión sobre algo que no conoces? ¿Te has quedado sin palabras cuando te presentaron a la persona que más admiras? Eso se debe a que sientes temor: temor a alguna situación, a lo desconocido o a las personas.

Te entiendo, yo también he tenido esas experiencias a lo largo de mi vida. Quisiera decir que han sido pocas, pero honestamente, si busco entre mis recuerdos las veces que sentí temor a algo, a alguna situación o a alguien en específico, seguro te podría escribir un pergamino largo.

En ocasiones sentía temor y se manifestaba en lo que te mencioné al principio, aunque había momentos en los que, a pesar de que estaba experimentando temor, lograba controlarlo y nadie se daba cuenta. Otras veces, por más que intentaba disimular u ocultarlo, era evidente para los demás.

Nunca he sido buena para hablar en público. Para hacerlo debo estudiar mucho lo que expondré. Dedico días a escribir palabra por palabra lo que quiero decir; leo una y otra vez en voz alta, y en diversas ocasiones, me grabo para verificar que lo que escribí sea justo lo que quiero decir. Con el tiempo he ido mejorando y he aprendido de otras personas que son muy buenas enseñando

en público, pero he de reconocer que no es mi fuerte. Soy más de escribir que de hablar en público.

Bueno, cuando salió mi primer libro publicado, me solicitaron que grabara unos videos conversando con personas de la editorial para presentarme como escritora y hablar del contenido del libro. Me encantó la idea; estaba emocionada de hacerlo. Era una plática informal entre nosotros, y estábamos bebiendo café para afinar los detalles y comenzar a grabar. Realmente estábamos en un ambiente de confianza y nos sentíamos en familia. Todo iba bien hasta ahí.

El momento llegó. Prendieron las luces de grabación, las cámaras y, de pronto, cuatro pares de ojos estaban mirándome fijamente para comenzar a hacerme preguntas. Recuerdo que por fuera, parecía estar relajada. Mi postura era de total confianza; mi lenguaje corporal manifestaba que estaba cómoda (lo sé por los videos y las fotos que tomaron); pero por dentro, estaba gritando y temblando. Comencé a experimentar un calor interno que lo atribuí al café, pero sabía que era el temor que estaba haciendo estragos en mí. ¿Sabes cuándo me di cuenta de que estaba al borde del colapso? Cuando tomé la taza de café, y mi mano temblaba tanto como la de la Liebre de Marzo, cuando toma el té con el Sombrero Loco, tal como se ve en la película de *Alicia en el país de las maravillas*.

No siempre podemos ocultar el temor ni tampoco controlarlo. En ocasiones nos embate de frente con todo su furor y actuamos en respuesta a eso. A veces respondemos correctamente, otras veces podemos actuar de forma que nos hiere o que hiere a otros. Sin embargo, no somos las únicas que lo hemos experimentado. La Biblia nos narra las historias de hombres y mujeres que también lo vivieron y podemos aprender mucho de ellos.

Así que, como podrás darte cuenta, este es un libro que habla acerca del temor de una forma general, pero también en situaciones específicas para que todas nosotras podamos reconocer si existe temor en nuestros corazones. El temor es bueno en algunas circunstancias, pero en otras es muy dañino.

Todos los seres humanos experimentamos temor a lo largo de nuestra vida y lo haremos hasta el día en que bajemos al sepulcro. Sin embargo, eso no significa que seamos presas o que esos temores nos mantendrán esclavizadas toda la vida, aunque hay algunos que persisten más que otros y que son más evidentes en determinadas personas.

Por ejemplo, la mayoría de los temores que tienen que ver con otras personas, en el fondo tienen su raíz en la búsqueda de aprobación. No nos sentimos capaces de hacer, decir o actuar de determinada manera, pero queremos que otros reconozcan que sí somos capaces. Tenemos sed de su aprobación y se manifiesta por medio del temor a su respuesta.

A lo largo de este libro encontrarás muchas referencias del temor a las personas asociado con la sed de aprobación. Estamos sedientas de ser vistas, de ser aprobadas y de que nos afirmen. Sedientas de que nuestros actos sean aceptables a otros, a fin de darnos una seguridad que no tenemos en nosotras mismas.

El temor a las personas que resulta de nuestra sed de su aprobación nos llevará a actuar de maneras que quizá ni nos imaginamos. Por esta razón, este libro está dividido en dos partes. En la primera encontrarás qué es el temor, qué es el temor a las personas, cómo se manifiesta y qué dice la Biblia acerca de ese temor.

En la segunda parte, después de que juntas hayamos analizado si hay temor en nuestros corazones, encontrarás que saber quiénes somos en Cristo nos ayuda a vencer el temor a las personas un día a la vez. Asimismo, hay un temor mejor y mayor al que todos los seres humanos hemos sido llamados a experimentar, pero solo se ha sembrado en el corazón de algunos. De ese temor también quiero hablarte. Quizá sea este el momento, mujer, de que todos esos temores que han opacado tu brillo queden al descubierto, y la luz de Cristo ahora brille a través de ti.

Por último, al final de cada capítulo, encontrarás una serie de preguntas que van dirigidas a ti con la finalidad de que puedas autoexaminarte y responder de acuerdo a lo que hayas aprendido.

También se pueden usar estas preguntas en clubs de lectura o en los grupos de mujeres en la iglesia. La finalidad de esto es crear un espacio donde las mujeres se sientan con confianza, las unas con las otras, para compartir sus luchas, rendir cuentas y encontrar apoyo en oración.

Debo aclarar que no se trata de un libro de autoayuda. No es un libro que te dé reglas o pasos a seguir para salir del temor a las personas porque, con el paso de los días y también con la lectura de la Biblia, te darás cuenta de que ya hemos recibido todo lo que necesitamos para vivir la vida de manera que honre y dé gloria a Dios. La fórmula no está en un libro, sino en lo que recibimos de parte de Dios en Cristo Jesús por medio de su Espíritu Santo.

Antes de continuar la lectura, te quiero pedir una cosa: ora. Yo he estado orando para que este libro sea de bendición a tu vida y te muestre si has estado viviendo con un temor que te ha dañado a ti personalmente o perjudicado tus relaciones con los demás. Ora conmigo para que el Espíritu Santo nos traiga convencimiento y nos empodere en su Palabra para vivir la vida en la libertad que Cristo nos ha dado, y que su evangelio sea más real en nosotras cada día.

Busquemos al Señor que nos libra de todos nuestros temores (Salmos 34:4). Avancemos en esta travesía mientras descubrimos si experimentamos esa insaciable sed de aprobación que nos provoca el temor a las personas.

«Porque Yo soy el SEÑOR tu Dios, que sostiene tu diestra, que te dice: “No temas, Yo te ayudaré”» (Isaías 41:13).

Capítulo 1

Todas tememos

El temor de Dios es el terreno santo que produce una vida piadosa. La ausencia del temor de Dios es el terreno profano que produce una vida impía.

Albert N. Martin¹

AQUELLA TARDE CONDUCCIÓN lentamente por la avenida que me llevaba hacia la iglesia donde, por primera vez, como la recién nombrada «líder del ministerio de mujeres», enseñaría delante de un gran auditorio.

Mientras conducía y cantaba una alabanza, oraba al Señor, porque la idea de estar ante el auditorio, simplemente, me aterraba. Iba sola en mi auto, así que podía hablar en voz alta y clamar a Dios por su ayuda oportuna.

Me recordaba una y otra vez para animarme: «No es la primera vez que lo haces», «has dado conferencias a cientos de mujeres, y Dios se ha glorificado», «estás frente a mujeres de tu iglesia local, no temas». ¡No temas!

Esa era la realidad; temía mucho lo que pudiera suceder mientras estuviera en el pódium dando la enseñanza. Temía al pensar

1. Albert N. Martin, *El temor olvidado* (North Bergen, NJ: Publicaciones Aquila, 2015), pp. 107-108.

en que los ojos de tantas mujeres estarían mirándome fijamente. Pero temía algo más. Me paralizaba la idea de que mis pastores, a quienes admiro mucho por la forma en la que predicán, estuvieran al fondo del auditorio escuchando y viendo cómo me desenvolvía frente al grupo al que ellos me habían nombrado líder.

Al pie de la plataforma, mientras el grupo de alabanza entonaba un canto, por más que trataba de animarme, de recordar que Dios tiene el control soberano y que por su gracia estaba en ese lugar, mis manos sudaban y mis piernas de repente las sentía tan pesadas que pensé que no podría subir los escalones.

Cuando por fin llegó el momento de subir, lo hice sin demora, coloqué mis notas frente a mí y comencé a hablar. Recuerdo que tartamudeé un poco, aclaré mi garganta y seguí hablando mientras todos los ojos estaban puestos en mí. Comencé a transpirar y, poco a poco, mi garganta comenzó a cerrarse; hice un esfuerzo y seguí hablando. No recuerdo cuánto tiempo duró mi enseñanza, solo quería que todo terminara para poder bajar de ahí y que desapareciera el tormento que estaba experimentando en mi interior.

No tenía ni idea de que todo empeoraría cuando uno de mis pastores se acercó a mí y le pedí que me diera su retroalimentación. Él me habló acerca de mis errores y lo que consideraba que debía cambiar y mejorar. Tenía razón; había dado una enseñanza llena de miedo y con un fin específico en mente: ser aprobada por ellos, mis pastores. Sin darme cuenta, estaba buscando mucho más la aprobación humana, que la aprobación divina.

Porque ¿busco ahora el favor de los hombres o el de Dios?
¿O me esfuerzo por agradar a los hombres? Si yo todavía
estuviera tratando de agradar a los hombres, no sería siervo
de Cristo (Gálatas 1:10).

Sin darme cuenta, estaba buscando la aprobación de mis pastores porque temía a las personas más que a Dios. ¿A qué me refiero

con temer a las personas? Edward T. Welch, en su libro *Cuando la gente es grande y Dios es pequeño*, lo define de la siguiente manera:

En el sentido bíblico, la palabra «temor» tiene un significado amplio. Incluye tener miedo de alguien, pero el significado se extiende hasta mostrar admiración por alguien, ser controlado o dominado por la gente, adorar a otras personas, poner nuestra confianza en ellas, o necesitarlas. [...] Como sea que quieras decirlo, el temor al hombre puede ser resumido de esta manera: reemplazamos a Dios por la gente.²

Eso fue justo lo que hice aquella tarde. Me olvidé por completo de buscar la aprobación de Dios al compartir su Palabra con valentía y con el fin de que Él fuera glorificado en las vidas de todas las mujeres que se habían reunido a escuchar una enseñanza bíblica. Por supuesto que muchos corazones fueron tocados y animados a buscar más de Dios, pero no fue por mí ni por la forma en la que expuse las Escrituras que, sobra decir, fue deficiente, sino porque Dios se glorifica a sí mismo por medio de su Palabra.

La realidad es que todos los seres humanos temen a las personas, en mayor o menor escala, desde que nacen —y eso te incluye a ti y a mí—. Si nos guiamos por la definición de Edward T. Welch, todas estamos sedientas de aprobación porque todas admiramos

• • • •

*La realidad es
que todos los seres
humanos temen a las
personas, en mayor
o menor escala,
desde que nacen.*

• • • •

2. Edward T. Welch, *Cuando la gente es grande y Dios es pequeño* (Moral de Calatrava, España: Editorial Peregrino, 2014), p. 15.

a alguien. En algún momento de nuestra vida, nos hemos sentido controladas o dominadas por alguien más, hemos adorado a las personas, confiado en la gente y necesitado a otros mucho más de lo que podríamos adorar, confiar y necesitar a Dios.

Por supuesto, todo esto nos hace estar sedientas de la aprobación de los demás, porque nos gusta sentirnos amadas, necesitadas y admiradas; que otros reconozcan nuestro valor y que confíen en nosotras. Es decir, tememos a otros, pero en el fondo puede ser que, de manera inconsciente, nos guste ser temidas por otros también.

Entonces, si todos los seres humanos tememos a las personas y nos gusta ser temidas, ¿es ese temor algo con lo que fuimos creadas?

El inicio del temor

Para poder responder esa pregunta, debemos irnos al principio de la historia, donde todo lo creado era perfecto y sin mancha. Veamos de cerca un poco de la vida de Adán y Eva, los únicos seres humanos que tuvieron la oportunidad de vivir en perfección total:

Dios creó al hombre a imagen Suya, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. [...] Ambos estaban desnudos, el hombre y su mujer, pero no se avergonzaban (Génesis 1:27; 2:25).

No había nada perverso en sus corazones; no había motivo alguno para sentir vergüenza por estar desnudos, por presentarse uno a otro, frente a frente, tal cual eran. Ninguno de ellos buscaba aparentar ser alguien que no era. Tampoco buscaban ser aprobados por el otro para encontrar satisfacción y sentirse o saberse amado. Ninguno de los dos tenía la necesidad de sentirse alabado, admirado o necesitado por el otro de forma pecaminosa, porque aún no existía el pecado.

Ellos eran completamente libres de presentarse frente al otro sin temor a ser rechazados o humillados; sin temor de sentir que no llenaban un estándar y, por el contrario, sin necesidad de sentirse superior al otro y merecedor de alabanza y reconocimiento.

Sin embargo, esa condición cambió drásticamente con la entrada del pecado al corazón de Adán y Eva. Leemos la historia y, aunque pareciera algo tan sencillo, la realidad es que tuvo consecuencias catastróficas para la humanidad.

Eva fue seducida por la voz de la serpiente que le presentaba un plan «mejor» que el de Dios. ¡Ellos serían como Dios! Ella fue engañada y pecó. Desde la caída deseamos ser amadas porque creímos la mentira de Satanás de querer ser como Dios (Génesis 3:5).

Quando la mujer vio que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y que el árbol era deseable para alcanzar sabiduría, tomó de su fruto y comió. También dio a su marido que estaba con ella, y él comió. *Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; y cosieron hojas de higuera y se hicieron delante* (Génesis 3:6-7, cursivas añadidas).

Adán y Eva estaban juntos en el huerto disfrutando del paraíso, de la presencia y comunión con Dios de manera perfecta, pero, al desobedecer el mandato divino de no comer de ese árbol (Génesis 2:15-17), ellos quebrantaron los límites que Dios de forma soberana había establecido.

Ahora ellos habían pecado. Seguían con vida, pero algo había cambiado en su imagen. La imagen de Dios en ellos había sido distorsionada. Ahora ellos veían a Dios con miedo a su ira y su justicia. No solo eso, sino que la forma de verse uno a otro también había cambiado; ahora se veían con temor, con vergüenza, con culpa.

¿Qué dice la Escritura acerca de temer a las personas?

Nada volvió a ser igual que al inicio. El pecado había entrado ya en sus vidas, en sus corazones; esa comunión perfecta entre ellos y su Creador ahora estaría rota y, en lugar de estar unidos en una sola carne para complementarse y cumplir el propósito de Dios, ahora lucharían por reconstruir una unión que se vería afectada por el pecado.

«En gran manera multiplicaré tu dolor en el parto, con dolor darás a luz los hijos. Con todo, tu deseo será para tu marido, y él tendrá dominio sobre ti» (Génesis 3:16).

Las relaciones personales dañadas entre los seres humanos nos muestran que la relación personal con Dios también está

• • • •

Tememos a las personas creadas a la imagen de Dios porque no amamos a Dios lo suficiente.

• • • •

dañada. Cuando tememos a las personas es porque han ocupado el lugar que solo le corresponde a Dios, un lugar donde pareciera que los seres humanos son más poderosos que Dios. Tememos a las personas creadas a la imagen de Dios porque no tememos a Dios. Les tememos porque no amamos a Dios lo suficiente.

Sin embargo, la Escritura tiene mucho que decirnos acerca de este temor, cómo se manifiesta en la vida del creyente, pero también cómo lo ve Dios. Por ejemplo:

El temor al hombre es un lazo, pero el que confía en el SEÑOR estará seguro (Proverbios 29:25).

«Yo, Yo soy su consolador. ¿Quién eres tú que temes al hombre mortal, y al hijo del hombre que como hierba es tratado?» (Isaías 51:12).

«Así que Yo les digo, amigos Míos: no teman a los que matan el cuerpo, y después de esto no tienen nada más que puedan hacer. Pero Yo les mostraré a quién deben temer: teman a Aquel que, después de matar, tiene poder para arrojar al infierno; sí, les digo: ¡A Él, teman!» (Lucas 12:4-5).

En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor, porque el temor involucra castigo, y el que teme no es hecho perfecto en el amor (1 Juan 4:18).

• • • •

Cuando tememos a las personas es porque han ocupado el lugar que solo le corresponde a Dios.

• • • •

Ellos temieron a otros

En los capítulos siguientes trataremos con más detalle cómo se ve el temor a las personas, y cómo podemos vencer ese temor y vivir en completa libertad para temer a Dios de manera que le honre y dé gloria a su Nombre.

Por lo pronto, considero necesario abordar algunos ejemplos de personajes de la Biblia que temieron a sus semejantes. Como mencioné antes, esto puede verse al mostrar admiración por alguien, ser controlado o dominado por otros, adorar a las personas, poner la confianza en ellas o necesitarlas.

Adán

Antes de la caída, Adán y Eva estaban desnudos. Sin embargo, ambos vivían en total santidad y no se avergonzaban ni se miraban

uno al otro de forma pecaminosa, porque aún no había pecado en ellos. Ninguno buscaba la aprobación del otro; no necesitaban sentirse admirados. Incluso, no necesitaban sentirse amados porque el amor de Dios abundaba y llenaba sus corazones. Estaban completos en Dios para glorificarlo a Él.

Con la entrada del pecado, lo que antes era algo revestido de santidad, sin vergüenza y sin mancha, ahora había sido distorsionado. Ya no se veían igual que antes.

El pastor y teólogo John MacArthur, en el comentario a Génesis 3:7 en su *Biblia de estudio*, dice lo siguiente:

• • • •

El temor a las personas nos llevará a buscar la aprobación de estas para sentirnos seguros.

• • • •

La inocencia observada en [Génesis] 2:25 había sido reemplazada por la culpa y la vergüenza (vv. 8-10), y desde entonces tuvieron que apoyarse en su conciencia para distinguir entre el bien y su nueva capacidad adquirida de ver y conocer el mal.³

Lo que antes veían a través de la santidad que los revestía de manera perfecta, ahora comenzarían a verlo de forma pecaminosa, buscando el bien para sí mismos antes que el bien del otro. El temor a las personas nos llevará a buscar la aprobación de estas para sentirnos seguros.

Abraham

Hubo un hombre en el Antiguo Testamento llamado Abram (luego Dios le cambió el nombre a Abraham), quien vivía en una tierra llamada Ur. Dios tenía un propósito divino para él y su esposa

3. *Biblia de estudio MacArthur* (Nashville, TN: Grupo Nelson, 2015), p. 20.

Sarai, pero, para llevarlo a cabo, debían salir de la tierra donde habitaban para dirigirse a un nuevo lugar donde Dios les mostraría el plan que tenía para ellos (Génesis 12:1-3).

En su peregrinar hacia esa tierra desconocida, Abram decidió irse a Egipto por causa de una hambruna que sobrevino en la tierra (Génesis 12:10); no obstante, Abram tuvo temor, no por la falta de alimentos, sino que temió a otros hombres. La Biblia nos narra ese suceso:

Pero hubo hambre en el país, y Abram descendió a Egipto para pasar allí un tiempo, porque el hambre era severa en aquella tierra. Cuando se estaba acercando a Egipto, Abram dijo a Sarai su mujer: «Mira, sé que eres una mujer de hermoso parecer; y sucederá que cuando te vean los egipcios, dirán: “Esta es su mujer”; y me matarán, pero a ti te dejarán vivir. Di, por favor, que eres mi hermana, para que me vaya bien por causa tuya, y para que yo viva gracias a ti» (Génesis 12:10-13).

El temor a las personas incluye temor a ser lastimado o herido, ya sea de manera física o emocional. En este caso, Abram mintió para salvarse de ser lastimado físicamente. Temió perder su vida. En ocasiones, el temor a otros nos llevará a pecar.

Lot

En el libro de Génesis encontramos la historia de un hombre llamado Lot, sobrino de Abram. Lot salió junto con Abram y Sarai de la tierra de Ur de los caldeos (Génesis 12:5). La historia nos muestra que Abram y Lot se separaron en su peregrinar, porque ambos tenían demasiadas posesiones y no podían morar en un mismo lugar (Génesis 13:1-6).

Lot eligió irse a una tierra llamada Sodoma, donde la lujuria y la inmoralidad eran el distintivo de los que vivían ahí. «Pero los

hombres de Sodoma eran malos y pecadores en gran manera contra el SEÑOR» (Génesis 13:13).

Tiempo después, Lot tuvo la visita de ángeles que fueron a rescatarlo a él y a su familia de la inminente destrucción de Sodoma, que vendría de mano de Dios como consecuencia del pecado que abundaba en ese lugar (Génesis 19:15).

Sin embargo, cuando los habitantes de la ciudad rodearon su casa buscando con desesperación a los ángeles: «Y le gritaron a Lot: —¿Dónde están los hombres que llegaron para pasar la noche contigo? ¡Haz que salgan para que podamos tener sexo con ellos!» (Génesis 19:5, NTV), Lot los llamó «mis hermanos» (v. 7) y respondió a sus demandas ofreciendo a sus propias hijas para que se deleitaran con ellas y no con los ángeles (Génesis 19:7-8).

La historia de Lot nos muestra cómo el temor a la gente nos puede llevar a actuar sin razonar primero, exponiendo a otros al peligro sin medir las consecuencias.

Moisés

La Biblia nos dice que «Moisés era un hombre muy humilde, más que cualquier otro hombre sobre la superficie de la tierra» (Números 12:3). Este Moisés es aquel niño que fue rescatado por la hija del Faraón de Egipto, mientras la canasta donde su madre lo había escondido, siendo un bebé, flotaba en el río donde la hija de Faraón se estaba bañando. La madre de Moisés tomó la decisión de ponerlo en esa canasta para salvarlo, pues el bebé corría peligro de ser asesinado junto a todos los bebés hebreos, por orden del mismo Faraón (Éxodo 2:1-6).

Con el paso de los años y por providencia y gracia de Dios, Moisés, un hombre hebreo que creció siendo parte de la familia de Faraón, llegó a ser el líder de Israel y guio al pueblo hebreo a la tierra que Dios les había prometido a Abraham, a Isaac y a Jacob (Éxodo 33:1).

Sin embargo, Moisés, un hombre humilde y líder que guio al pueblo hebreo a la libertad, quien hablaba cara a cara con Dios

como quien habla con un amigo (Éxodo 33:11), también experimentó el temor a las personas.

En una ocasión, cuando era joven y vivía en Egipto en el palacio de Faraón, para defender a un esclavo hebreo asesinó a un egipcio (Éxodo 2:11-12). La Palabra de Dios nos dice qué sucedió después de ese incidente:

Al día siguiente salió y vio a dos hebreos que reñían, y dijo al culpable: «¿Por qué golpeas a tu compañero?». «¿Quién te ha puesto de príncipe o de juez sobre nosotros?», le respondió el culpable. «¿Estás pensando matarme como mataste al egipcio?». Entonces Moisés tuvo miedo, y dijo: «Ciertamente se ha divulgado lo sucedido». Al enterarse Faraón de lo que había pasado, trató de matar a Moisés. Pero Moisés huyó de la presencia de Faraón y se fue a vivir a la tierra de Madián, y *allí* se sentó junto a un pozo (Éxodo 2:13-15).

Esta porción bíblica nos muestra uno de los efectos que produce el temor a las personas. En este caso no fue para buscar su aprobación, sino al sentirse controlado o dominado por ellas. El temor a las personas nos llevará a huir de nuestras responsabilidades y de nuestros actos por temor a las consecuencias.

• • • •

El temor a las personas nos llevará a huir de nuestras responsabilidades y de nuestros actos por temor a las consecuencias.

• • • •

Pedro

Por último, el apóstol Pedro es, quizás, uno de los ejemplos que más citamos cuando hablamos acerca del temor a las personas. El apóstol caminó durante tres años con Jesús, y vio los milagros, las sanidades y a las multitudes seguirlo para escuchar lo que tenía que decir. El mismo Jesús había anunciado a Pedro y al resto de los

discípulos que había venido al mundo para morir por los pecadores y cómo todos ellos se escandalizarían y lo dejarían solo. Después de todo esto, Pedro audazmente declaró que lo seguiría hasta la muerte (Mateo 26:30-35).

Sucedió tal cual lo había dicho Jesús. Cuando arrestaron a Jesús, todos huyeron, y Pedro lo siguió de lejos hasta el patio del sumo sacerdote (Mateo 26:58). Allí, una mujer se le acercó diciendo que él también era de los que andaban con Jesús, y Pedro lo negó por primera vez (vv. 69-70). Poco después, en dos oca-

• • • •

En muchas ocasiones, el temor a las personas nos llevará a negar nuestra fe y a negar a Cristo, tal vez no con nuestras palabras, pero sí con nuestras actitudes.

• • • •

siones más, Pedro negó a Jesús por temor a aquellos que podían entregarlo junto con Jesús. «Entonces él [Pedro] comenzó a maldecir y a jurar: “¡Yo no conozco al hombre!”» (Mateo 26:74, cursivas añadidas).

No cabe duda de que, en muchas ocasiones, el temor a las personas nos llevará a negar nuestra fe y a negar a Cristo, tal vez no con nuestras palabras, pero sí con nuestras actitudes.

¿Qué es el temor de Dios?

«Temer a Dios es someternos reverentemente a [Él] de tal manera que seamos conducidos a obedecerle y adorarle. Es seguir sus mandamientos de forma alegre y gozosa. Temer a Dios es el principio de la sabiduría. Sólo Dios puede llevar el peso de tus anhelos más profundos. Sólo [Él] puede recibir la adoración para la cual fuiste creado a dar».⁴

4. “El Temor al Hombre—clase 2: El Temor a Dios”, *Clases esenciales*, 9Marks Ministries; <https://es.9marks.org/articulo/miedo-del-hombre-clase-2-temor-dios/>.

Los seres humanos fuimos creados a la imagen de Dios para dar testimonio de su grandeza. No fuimos creados para ser «pequeños dioses» que deban ser adorados, ni para ser temidos, sino para temerle a Él por quién es Él (Génesis 1:27).

Fuimos diseñados para vivir en comunión con Dios de manera perfecta, para estar en su presencia en adoración. Fuimos creados para vivir en comunidad también, en familia. Dios nos diseñó con la capacidad de convivir con otros hombres y mujeres, amándonos unos a otros, de manera que le demos gloria y reflejemos su imagen al no sentir vergüenza uno del otro, y al no tener temor a ser rechazados, lastimados, expuestos.

Como vimos antes, todo esto no lo podremos hacer de manera perfecta por causa del pecado que aún está presente en nuestros corazones. Por eso tememos a otros seres humanos muchas veces más de lo que tememos a Dios. No obstante, sí podremos temer a Dios de manera correcta, no por nosotras, sino porque, por medio de Cristo y la salvación que hemos recibido de Él, se restauró nuestra relación con el Padre. De igual forma, tenemos al Espíritu Santo que nos está perfeccionando y, con su ayuda, podemos temer a Dios y relacionarnos con otros de formas que den honra y gloria a su Nombre, sin temor a ellos, sino temiendo a Dios, primeramente.

No fuimos creados para temer a otros seres humanos, sino solamente a Dios. Esto lo vemos en diferentes pasajes de la Escritura, como los que aparecen a continuación:

Solo al SEÑOR Todopoderoso tendrán ustedes por santo, solo a él deben honrarlo, solo a él han de temerlo (Isaías 8:13, NVI).

Y les daré un corazón, y un camino, para que me teman perpetuamente, para que tengan bien ellos, y sus hijos después de ellos. Y haré con ellos pacto eterno, que no me volveré atrás de hacerles bien, y pondré mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de mí (Jeremías 32:39-40, RVR1960).

En pos del SEÑOR su Dios ustedes andarán y a Él temerán; guardarán Sus mandamientos, escucharán Su voz, le servirán y a Él se unirán (Deuteronomio 13:4).

Los que temen al SEÑOR, alábenlo; descendencia toda de Jacob, glorifíqueno, témanlo, descendencia toda de Israel (Salmos 22:23).

Honren a todos, amen a los hermanos, teman a Dios, honren al rey (1 Pedro 2:17).

Entonces los que temían al SEÑOR se hablaron unos a otros, y el SEÑOR prestó atención y escuchó, y fue escrito delante de Él un libro memorial para los que temen al SEÑOR y para los que estiman Su nombre (Malaquías 3:16).

El SEÑOR favorece a los que le temen, a los que esperan en Su misericordia (Salmos 147:11).

El temor del SEÑOR *conduce* a la vida, para poder dormir satisfecho, sin ser tocado por el mal (Proverbios 19:23).

Ellos temieron a Dios

Abraham

Abram, como vimos anteriormente, al inicio de su caminar con Dios, tuvo temor de ser lastimado a manos de personas desconocidas. Presa del miedo, recurrió a la mentira para preservar su vida, poniendo en riesgo la vida e integridad de su esposa (Génesis 12:14-20).

No obstante, conforme pasaron los años, Abram conoció más de cerca al Dios Todopoderoso que lo había llamado, y aprendió a someterse a Él, a adorarle, a creerle y a confiar en Él a pesar de sí mismo. Abram fue aprobado por Dios muchos años después

de haber sido llamado por Él en la tierra de los caldeos, y Dios le cambió el nombre, le dio una nueva identidad en Él.

Cuando Abram tenía 99 años, el SEÑOR se le apareció, y le dijo: «Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de Mí, y sé perfecto. Yo estableceré Mi pacto contigo, y te multiplicaré en gran manera». Entonces Abram se postró sobre su rostro y Dios habló con él: «En cuanto a Mí, ahora Mi pacto es contigo, y serás padre de multitud de naciones. Y no serás llamado más Abram; sino que tu nombre será Abraham; porque Yo te haré padre de multitud de naciones (Génesis 17:1-5).

El temor de Dios nos llevará a adorarlo y a obedecer su Palabra. Lo más importante, el temor reverente a Dios nos llevará a reconocerlo como nuestro Dios por medio del sacrificio de Cristo, y tendremos una nueva identidad: la de hijas. «Pero a todos los que lo recibieron, les dio el derecho de llegar a ser hijos de Dios, *es decir*, a los que creen en Su nombre, que no nacieron de sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios» (Juan 1:12-13).

José

José, el hijo de Jacob, quien fue vendido como esclavo a manos de sus hermanos, ahora se encontraba en casa de Potifar, un noble y capitán de la guardia oficial de Faraón. Potifar puso a José como mayordomo de su hogar —un empleado de suma confianza—, por la gracia con la que Dios lo había bendecido.

La Biblia nos narra cómo la esposa de su amo puso los ojos en él y quiso seducirlo (Génesis 39:7). Sin embargo, José temía a Dios y reconocía que se encontraba en el lugar que estaba por la gracia de Dios. José respondió a la esposa de su amo:

No hay nadie más grande que yo en esta casa, y nada me ha rehusado excepto a usted, pues es su mujer. ¿Cómo

entonces podría yo hacer esta gran maldad y pecar contra Dios? (Génesis 39:9).

El temor de Dios nos llevará a rechazar las propuestas pecaminosas y las tentaciones a las cuales nos veamos expuestas.

Job

La historia de Job comienza resaltando su carácter delante de Dios: «hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal» (Job 1:1, RVR1960). La Escritura también nos muestra que sus hijos hacían banquetes donde comían y bebían entre hermanos. Sin embargo, por el temor que Job tenía de Dios, él ofrecía holocaustos por sus hijos, por si acaso ellos habían pecado contra Dios.

Cuando los días del banquete habían pasado, Job enviaba a *buscarlos* y los santificaba, y levantándose temprano, ofrecía holocaustos *conforme* al número de todos ellos. Porque Job decía: «Quizá mis hijos hayan pecado y maldecido a Dios en sus corazones». Job siempre hacía así (Job 1:5).

El temor de Dios nos llevará a clamar ante su presencia por todos aquellos que aún no le conocen, por aquellos que no viven conforme a la nueva vida en Cristo y no han degustado la salvación de sus pecados.

La esperanza del evangelio

En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor, porque el temor involucra castigo, y el que teme no es hecho perfecto en el amor (1 Juan 4:18).

Solo un amor tan grande como el de Dios echará fuera el temor que pueda existir en nuestros corazones. Una correcta apreciación del temor de Dios, con la ayuda del Espíritu Santo morando en

nosotras, nos llevará cada día a temer menos a las personas. Dejaremos de buscar su aprobación y admiración. Dejaremos de poner nuestra confianza en ellas. Dejaremos de necesitarlas.

Sin embargo, hay un problema con el temor a las personas y con la sed de aprobación que eso produce, y es que siempre nos acompaña, a dondequiera que vayamos. El temor a otros irá con nosotras si no logramos vencerlo.

Sin importar dónde nos encontremos o los medios donde nos desenvolvamos, estaremos buscando cumplir las expectativas de otros. Al mismo tiempo, trataremos de alcanzar estándares que nos hemos fijado acerca de cómo las demás personas deberán vernos y tratarnos, pero también de cómo debiéramos comportarnos para alcanzar esa aprobación.

De esa forma, saciamos temporalmente nuestra sed de aprobación al sentirnos necesarias, aprobadas, amadas y aceptadas por aquellos a quienes hemos temido, los cuales hemos puesto al nivel de Dios. En efecto, hemos dejado de temer a Dios por temer a las criaturas que Él creó a su imagen y semejanza.

Nuestra necesidad de ser aprobadas muy probablemente es porque, además de sentirnos admiradas, necesitadas y controladas, también nos hace sentir felices, seguras, útiles y nos da una razón por la cual nos esforzamos día a día. Sin duda, necesitamos de un Salvador, necesitamos a Cristo para que su imagen con la que fuimos creadas y la identidad que fue distorsionada con el pecado sean restauradas en nosotras.

Necesitamos el evangelio para vivir en el temor del Señor:

Porque mientras aún éramos débiles, a su tiempo Cristo murió por los impíos. [...] Pero Dios demuestra su amor

• • • •

*El temor de Dios nos
llevará a clamar
ante su presencia por
todos aquellos que
aún no le conocen.*

• • • •

para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Entonces mucho más, habiendo sido ahora justificados por Su sangre, seremos salvos de la ira de Dios por medio de Él. Porque si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de Su Hijo, mucho más, habiendo sido reconciliados, seremos salvos por Su vida (Romanos 5:6, 8-10).

• • • •

El temor de Dios nos llevará a rechazar las propuestas pecaminosas y las tentaciones a las cuales nos veamos expuestas.

• • • •

Lo que se inició en el Edén, con un engaño que distorsionó la imagen de Dios en Adán y Eva y rompió la comunión perfecta con Dios, fue vencido en la cruz con la muerte de Cristo, su sepultura y su resurrección.

Por su gracia, ahora estamos siendo perfeccionadas porque: «el que comenzó en ustedes la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Cristo Jesús» (Filipenses 1:6). Por su gracia nos estamos pareciendo cada vez más a Cristo: se está formando su carácter en nosotras.

Necesitamos conocer a nuestro Dios porque, si crecemos en el conocimiento de Él —su carácter, sus atributos, nuestra identidad en Cristo y cómo Él nos ve ahora que hemos recibido la salvación de nuestros pecados—, le amaremos más, le temeremos correctamente y nuestras relaciones con otros en esta tierra serán transformadas.

Todos los días experimentaremos una lucha constante en nuestra mente y corazón. Por eso necesitamos permanecer en la Palabra y en oración, y recordar una y otra vez que ya no somos esclavas del pecado porque ya no reina sobre nosotras.

Ahora le pertenecemos a Dios por medio de Cristo, porque su obra fue suficiente. Podemos deleitarnos en Él y estar completas en

Él, buscando su aprobación y ser agradables a sus ojos, con temor a Él por quién es Él.

Sea cual sea la forma en la que el temor a las personas se manifiesta en ti, recuerda que todas nosotras estamos siendo perfeccionadas; ninguna ha llegado a la meta aún. Todas nosotras buscamos seguir a Cristo y crecer en Él. ¡No te rindas! Conoce a tu Dios y actúa, un día a la vez.

Enséñame, oh SEÑOR, Tu camino; andaré en Tu verdad; unifica mi corazón para que tema Tu nombre (Salmos 86:11).

• • • •

Nuestra necesidad de ser aprobadas muy probablemente es porque nos hace sentir felices, seguras, útiles y nos da una razón por la cual nos esforzamos día a día.

• • • •

Guía de estudio

Capítulo 1: Todas tememos

Es una bendición entender que no es necesario ocultar el temor ni vivir presas de él. Dios, en su bondad, nos permite conocer, por medio de su Palabra, cómo actúa el ser humano y cómo obra Dios a favor de su creación.

1. ¿Cómo explicarías, en tus propias palabras, el temor a las personas?

2. ¿Cómo se relaciona el temor a las personas con la sed de aprobación?

3. Lee las siguientes porciones bíblicas y comenta:

- a. Génesis 3:6-7. ¿Cómo se veían Adán y Eva, uno a otro, antes de que el pecado entrara en el mundo y después de que este entró? ¿De qué forma impactó su relación con Dios?

- b. Génesis 12:10-13. ¿Qué clase de temor experimentó Abraham? ¿De qué forma reaccionarías si experimentaras esa misma situación?

- c. Génesis 19:1-9. ¿Qué buscaba Lot cuando ofreció entregar sus hijas en lugar de los ángeles a los hombres de Sodoma? ¿Qué habrías hecho tú en esa situación?

- d. Éxodo 2:11-15. ¿Qué temor experimentó Moisés? ¿Qué efecto produjo ese temor en él?

- 4. ¿Qué tipos de temores has experimentado o estás experimentando? ¿Qué efectos producen en ti? ¿Qué implicaciones crees que tendrán esos temores en tu vida?

- 5. ¿Qué otros personajes de la Biblia recuerdas que temieron a las personas? ¿De qué forma experimentaron descanso o esperanza en medio de su temor?

- 6. Explica el temor de Dios en tus propias palabras.

- 7. Lee las siguientes porciones bíblicas y comenta:

- a. Génesis 17:1-5. ¿Cuál es el efecto del temor de Dios en la vida de Abraham?

b. Génesis 39:1-9. ¿Cuál es el efecto del temor de Dios en la vida de José?

c. Job 1:1-5. ¿Cuál es el efecto del temor de Dios en la vida de Job?

8. Al meditar en lo comentado en este capítulo, ¿de qué forma has visto a Dios obrar en tus temores? Explica lo que Cristo ha hecho en ti y cómo ha estado obrando el Espíritu Santo en tu vida.

9. ¿Qué lecciones extraes de este capítulo que pudieras compartir con otras mujeres que también están experimentando temores?
